

Notas y Textos

SUEÑO DE ARENA

JULIO ALFREDO EGEA¹

Dulce empezaba la aventura

Es difícil dar una fiel impresión de lo vivido, de momentos difíciles, esperpénticas situaciones, infinitos descubrimientos y asombros, de las situaciones sublimes, cómicas o felices. Pasada Melilla, al llegar a la frontera marroquí quedó parado el tiempo, atrás dejábamos el sentido occidental de la prisa y quedaban inútiles relojes y calendarios. Es la impresión que siempre sentí en la llegada a un país árabe: el desprecio del paso del tiempo. En este viaje la impresión se iba a acrecentar por diversas circunstancias. En la frontera, policías y aduaneros daban vueltas, al parecer sin sentido, alrededor de la larga fila de coches que llegaban desde Melilla. Al fin pasamos, ya entrada la noche, y al llegar a Nador buscamos un restaurante, quizá soñado por algún expedicionario, en donde dijo encontraríamos los más excelentes frutos del mar y de la tierra. No había abierta ninguna casa de comidas y la ciudad dormía en silencio. Sólo encontramos una confitería: era un establecimiento que permanecía misteriosamente abierto, como esperando nuestra llegada; bien surtido, con tenderetes a la puerta, en donde pirámides de pasteles chorreaban melazas oscuras bajo luces parpadeantes. Algunas moscas, que hacían pensar en enjambres diurnos, quizá las más golosas del pueblo o las más noctívagas, correteaban sobre los mostradores, ahílas y nerviosas. Estaba claro, aquella nuestra primera noche africana, toda nuestra soñada cena se reduciría a un postre. Debido al apetito y a la reconocida excelencia de la dulcería marroquí, vencida la primera impresión de rechazo, nos entregamos al deleite pastelero. Dulce empezaba la aventura.

¹ El Autor tomó parte en la aventura de un viaje a Mauritania, en busca de las ciudades perdidas de donde procedían los almorávides que invadieron Al-Andalus; expedición organizada por un grupo de profesores de la Universidad de Granada, en la primavera de 1993, con fines de investigación sobre los orígenes de un pueblo que tuvo gran influencia en nuestra cultura

Este artículo narrando episodios, momentos cómicos y mágicos de esa hermosa y arriesgada aventura, con simples pretensiones anecdóticas, forma parte del libro *Las ciudades perdidas de Mauritania. Expedición a la cuna de los Almorávides*, libro escrito por todos los expedicionarios y editado por Mauricio Pastor y Villar Raso, bajo el patrocinio de la Universidad de Granada, la UNESCO y el Legado Andalusi, 1996.

Carceleras

En Argelia vivimos un ambiente de cautiverio. Conseguimos avanzar por el desierto argelino, pasar controles militares, muy frecuentes, en que nos apuntaban metralletas de soldados prevenidos tras parapeto de sacos terreros.

Al fin Béchar, la primera ciudad argelina. La llegada al Hotel Antar era promesa de descanso y lujos, dentro de la oferta que teníamos en el itinerario: ducha y comida a la carta. Era imposible sospechar que en esa ciudad y ese hotel sentiríamos la sensación mayor de cautiverio. No podíamos continuar viaje; sin un permiso especial no era posible salvar los próximos controles. Pasamos varios días en interminables esperas y tensiones que deterioraron nuestra libertad.

Una tarde salí del hotel en busca de los compañeros que realizaban gestiones, intentando aclarar rumores sobre la solución de nuestra ya larga detención, y encontré a Paco Ortega, el geógrafo, gran cantaor, que alternaba a veces el relato de la dura aventura geológica del continente con algún que otro cante flamenco, lanzando una granaína a tres moritas que nos espiaban curiosas y sonrientes, asomadas a las rejas del hotel, como queriendo escapar de un harén secreto. Yo le pedí que cantara carceleras, un cante más apropiado con la situación, y Paco alzó su voz poderosa, con melismas y desgarros, sintiéndose protagonista pleno de un destino de cautiverio. Las moritas de Argelia, tapando y destapando sus bellos rostros, entre la aceptación y la huida, aparecían y desaparecían del marco de la ventana, emocionadas y felices.

Tambores de fiesta

Al fin conseguimos liberarnos de Argelia gracias a la ayuda saharauí. Ellos nos llevaron al territorio que ocupan, cercano a Tindouf, y grande fue su hospitalidad. Nos llevaron hasta su Centro de Bienvenida, en donde reciben a los amigos, a los viajeros de buena voluntad. Allí estaba una numerosa embajada canaria, que había llegado con numerosos vehículos cargados de medicinas y víveres y otro grupo de jóvenes socialistas alemanes.

Entrada la noche se organizó una fiesta en honor nuestro. Nos habían instalado en una jaima, vecina a las que ocupaban canarios y alemanes, en donde ya había varias mujeres preparando el té con sabiduría en airearlo y condensar sabores. Las jaimas formaban un círculo y en su centro se alzaba un tablado en donde cantaban y bailaban bellas mujeres. Quizá sus canciones eran poemas milenarios. Abidín Kaid Salah, representante del Ministerio de Cultura, que nos había sido presentado, junto con otras autoridades, me había dicho: -“El nuestro es un pueblo de poetas. Tenemos ahora muchos poetas y siempre los hubo: su voz acompañó a través de los siglos a nuestras gentes en sus gozos y tragedias”. Y yo pensé en los antepasados de estos hombres indomables en la defensa de su independencia, en legendarios sultanes azules que no basaban su autoridad en dictatoriales pode-

res, sino en la fuerza de sabidurías heredadas para dirigir a su pueblo en las singladuras nómadas, precisas, en el aprovechamiento de las misteriosas y pasajeras fecundidades de la tierra. Sultanes azules con su escolta de poetas, con equipaje lírico, con cargamento de “tasufras” conteniendo siglos de suspiros y voces curtidas en el amor.

Recostados en suaves almohadones tuvimos la sensación de estar en un paraíso, aunque a mí me vencía el cansancio, ya que la noche anterior era la primera que habíamos dormido en el desierto, comprobando que estaba pinchado mi colchón inflable y tendría que ir acostumbrándome a la dureza del suelo africano.

Al fin se fue apagando la fiesta y, como obedeciendo a un mandato, todos fuimos acomodándonos para dormir, formando grandes parvas humanas bajo las jaimas que permanecían con sus faldas levantadas, estableciéndose un gran dormitorio internacional: las mujeres encargadas de hacer el té, las bailarinas, los jefes polisarios, los visitantes alemanes y canarios, y nosotros. Después de la fatiga, tras la fiesta, nos vencía el sueño. Próxima la madrugada me desperté y, quitándome de los oídos los tapones de cera que preventivamente me había colocado, pude escuchar un coro universal de ronquidos, cercanos y distantes, una abstracta combinación de sonidos, como de coral apocalíptica: ronquidos agudos, graves, con pretensiones solistas, algunos casi rumor en disimulos, trompeteros, aflautados, dictatoriales, con dulzura de susurro..., dando lugar a un conjunto de anárquicas armonías –gran paradoja-, como si un fantasmal director manipulara desde las nieblas del sueño. Entre turbado y divertido, volví a colocarme las tapaderas de las orejas, intentando volver a las silenciosas regiones del sosiego.

Al día siguiente, después de tomar el desayuno ofrecido por nuestros espléndidos anfitriones, fuimos a visitar los campamentos, a unos veinticinco kilómetros del centro de recepción.

Se componían estos de siete poblados que corresponden, según nos explicaron, a la población de las ciudades forzosamente abandonadas. Son poblados compuestos casi exclusivamente por tiendas de campaña. De pronto vimos a una gran muchedumbre que nos esperaba, al personal de multicolor vestimenta, de todas las edades, ordenado en larga fila para el recibimiento. Dejamos los coches a prudente distancia y nos dirigimos al encuentro. Nos recibieron dándonos a beber leche, según el ritual, y fuimos recorriendo la larga fila, receptores de un testimonio de amistad. Estrechamos la mano de los viejos jefes de tribu, y vislumbré por sus miradas un paisaje de caravanas milenarias, perdidas en el tiempo y el dolor. Enjambres de niños corrían bulliciosos por la llanura, futuros protagonistas de un panorama incierto. Siempre me emocionaron las manifestaciones populares, nunca como en esta ocasión. Estábamos ante un pueblo sin patria, que sobre una tierra estéril y prestada nos manifestaba su amistad. Sonaban tambores de fiesta y guturales gritos de júbilo. No pude contener las lágrimas. Manolo Villar Raso, nuestro jefe, que estaba a mi lado, exclamó: ¡Julio está llorando!. Fue entonces, cuando Alí, que nos acompañaba hasta Mauritania, vino hacia mí y me abrazó emocionado, agradeciendo con el abrazo mis lágrimas por el infinito desamparo de su pueblo.

Meta placentera

En el largo viaje hacia Mauritania nos acompañaron los saharauis como escolta y guía. Dos noches acampados con ellos. La segunda ha quedado más grabada en el recuerdo. Dejando la pista, nos encaminó Ali hacia una especie de anfiteatro natural, escenario llano y sin vegetación, cerrado en círculo por extrañas y bellas rocas que parecían caparazones abandonados de inmensas tortugas. Aquel lugar, dijeron los guías, ya era desierto mauritano, aunque no habíamos pasado por ningún control fronterizo.

La fría noche, en extremo contraste con el calor diurno, me mantuvo desvelado durante mucho tiempo. Sobre la máxima desnudez de la tierra, cercado por la fantasmagórica sombra de las extrañas rocas agrupadas en círculo, resaltaba más ante mis ojos el grandioso espectáculo del cielo. Durante el viaje yo seguía un espionaje de la luna creciendo en esplendor, y en esta noche de acampada había logrado plenitudes, ejercía su reinado junto al protagonismo infinito de las estrellas.

Cuando desperté ya había algunos de mis compañeros liando sus bártulos y, apartado del campamento, un soldado de la escolta hacía su primera oración del día, en cambio de posturas ceremoniales. Me apresuré a organizarme el turbante, con la larga tela que nos habían regalado los saharauis. Yo, siempre torpe en indumentarias, incapaz de hacerme correctamente el nudo de la corbata, estaba asombrado del manejo que había adquirido al colocar el amplio paño de forma apropiada, cubriendo cabeza y rostro hasta dejar tan sólo un ojo en desamparo, necesario para avizorar el camino, como el más diestro de los tuareg. En este, como en otros detalles, notaba que iba despertando mi instinto de conservación en un medio tan adverso.

Dura fue la jornada. En Bîr Mogreïn nos despedimos de los guías saharauis, que volvían a sus campamentos después de jornadas de generosa compañía y, desde allí nos acompañarían soldados mauritanos, quizá a petición de Alí, ante las antesalas de nuestro objetivo, en acercamiento a las ciudades perdidas. Vimos pasar un tren minero, con vagonetes cual enormes féretros, cargadas de mineral. El invento ferroviario, en aquel paisaje, no parecía real, era como espejismo de fiebres viajeras.

Al fin llegamos a Zouerat, la ciudad minera, nuestra meta de aquel día. Se había adelantado buscando hotel nuestro jefe de expedición, junto con varios compañeros, entre ellos Virginio, nuestro buen intendente provisional, que tanto se preocupó de una buena distribución de existencias conserveras, tan necesarias cuando no había hotel a nuestro alcance. Cuando llegamos al lugar de reposo, agotados y sedientos, nos encontramos un gran mostrador lleno de vasos de cerveza fría, que nuestros adelantados habían dispuesto fuera servida para que gozáramos de las delicias de la sorpresa. La felicidad en esta vida no puede ser un estado placentero con continuidad en el tiempo; son momentos, espacios de tiempo en que converge lo deseado con lo poseído. No existe otra felicidad, y en este momento cervecero se dio en forma suprema. La esperada realidad de la otra vida debe ser algo así como una cerveza infinita en los finales de una sed agotadora.

Ángeles en el desierto

Al llegar a Choum gozamos el espejismo de creer dominado el gran Sahara, y empezamos a confiar en la brújula siempre insegura del corazón. Por eso, prescindiendo de guía y escolta que nos acompañaron hasta allí, tomamos la ruta hacia Atar, primera de las ciudades perdidas, en conquista de los orígenes de nuestro pasado.

El grupo de especialistas de la expedición, ante la proximidad de metas, intentaba reconstruir en la imaginación la realidad cercana. El geógrafo tenía visiones anticipadas del trastorno apocalíptico que había organizado bellísimos paisajes en las montañas de Adrar. El arqueólogo soñaba cobijos con frisos de un galope cebras. La ilusión del arabista era la biblioteca de Chinguetti, los manuscritos empolvados con memoria de Andalucías perdidas. Mezquitas de piedra se alzaban en los presagios del arquitecto, y casas de Oualata con primor de tatuaje en las fachadas. Desempolvaban objetivos los cineastas en ansiedad de imágenes nuevas, más allá del sufrimiento de las acacias y la sombra de camellos errantes. El profesor de historia antigua meditaba sobre la posibilidad de encontrar el dato perdido que podía enriquecer el conocimiento de la gran aventura africana. El pintor barajaba bocetos de pueblos muertos y tuareg solitarios. Había encontrado un supremo gesto de soledad el poeta por aquellos desvalimientos de la tierra y esperaba remansar un poema en el ámbito de las ciudades soñadas. En aquel tramo, decisivo hacia la meta, el equipo de expertos universitarios, después de cruzar los espacios desérticos de tres países, los desamparos de la tierra, reavivaba sus ilusiones en llegar a una meta recreada por largos estudios anticipados a los proyectos del viaje.

Cumplimentamos al gobernador de Choum que, dado lo avanzado del día, nos ofreció una jaima para pasar la noche, condecorador de que partiríamos sin guía, aconsejándonos salir a la mañana siguiente. Al negarnos, viéndonos impacientes, ilusionados por continuar viaje, sin atender consejos, cruzó su rostro una sonrisa enigmática, poniendo en su mirada sombras de duda e ironía. Aquel hombre sabía, condecorador de las traiciones de arena, testigo de muchos desamparos, que nunca conseguiríamos, por nuestra iniciativa, llegar a Atar. Su mano nos señaló el camino que, a partir de las últimas casas, se extendía hacia horizontes sin medida.

La pista, simulando seguridades, sólo se adivinaba a través de pequeñas huellas no borradas por el viento, en efímero tatuaje que atravesaba la llanura. A nuestro paso se resolvía un crucigrama de lagartos buscando sus madrigueras, y en el cielo sólo vimos volar dos cuervos atentos a nuestro paso, planeando sobre la tierra muerta. Camellos solitarios se adivinaban a lo lejos, hacia Dios sabe que praderas soñadas.

Poco tiempo duró la apacible marcha de nuestra caravana; se endurecía la pista, dentada su superficie por eólicas erosiones, y saltaban con violencia los vehículos hacia una segura destrucción. Mejoraba el camino a veces, tan sólo en apariencia, pues ocultas lenguas de arena nos envolvían, frenaban los coches dejándolos casi sepultados, originando manobras y esfuerzos para quedar de nuevo en condiciones de seguir la ruta. Esta situación frecuente, agravada en tramos que constituían verdaderos callejones de dunas, iban consumiendo nuestro tiempo y aumentando el temor a la noche.

En jornadas pasadas, de cara al cielo en los descansos de la marcha, después de haber seguido el espionaje de la luna, vencido por el cansancio, había soñado imposibles aproximaciones en las edades y las historias de la tierra: un encuentro con las legiones almorávides. Habían quedado dormidas las furias del desierto y era tierra mansa al galope de los caballos y al rodar de coches. La expedición investigadora se encontró con un revuelo de estandartes y una legión de antiguas gentes que se fundieron con nosotros en el abrazo, porque en las bondades del soñar se habían roto viejas y nuevas historias del mundo, y conquistas universales de paz habían logrado unificar la armonía en el amor de todos los hombres de la tierra.

Seguía nuestra azarosa marcha. La arena se hacía más dorada, dando al paisaje gesto de seducciones y, confiando en la marcha, con frecuencia terminábamos cayendo en los disimulos de la trampa. El sol derramaba sus furias, plegaba flecos de su melena, cuál león herido, buscando sus lechos de horizonte. Ibamos desconfiando de que su luz nos permitiera divisar los muros de Atar y su cenefa de palmerales. Se aproximaba la noche que pondría sombras tenaces en las dificultades del camino.

Llegaron las tinieblas por sorpresa, cual conspiraciones de una traición, y la luna en sus últimos manguantes encendió la debilidad de sus candiles. Empezamos una marcha desesperada e inútil, arremetiendo contra las dunas y la maleza, queriendo abrir imposibles carriles con los acelerados motores. Perdimos cualquier certeza de pista, volviendo sobre nuestras propias huellas, creyéndolas de otro viajero, en loca marcha circular. A veces, parábamos motores ante la impotencia, buscando un lugar en donde pasar la noche.

Fue frenética la búsqueda del espacio apropiado, al parecer inexistente en aquel territorio, hasta que desembocó la caravana en un pequeño espacio cercado de matorrales. Allí decidimos quedarnos. Se organizó la acampada levantando algunas pequeñas tiendas y desplegando sacos de dormir por las calvas del suelo. En aquel sitio, con dunas y matojos agrupados en proximidad, era peligrosa la estancia. Había despertado el desierto a su intensa vida nocturna, libre de hostigamientos solares, y un bullicio reptil, de innumerables seres secretos, se adivinaba. Se hizo el silencio pero nadie dormía. Los despertares del desierto se fueron intensificando en el transcurso de la noche. Crujían los matojos cercanos, cobijo de madrigueras, ante el paso de seres invisibles. Oíamos la presencia sigilosa, como rozar de sedas, quizá de víboras y alacranes, en la proximidad de nuestros lechos. Episodios de lucha y cacería, de innumerables seres nocturnos se adivinaba a nuestro alrededor.

En las singladuras del desvelo fueron varios los expedicionarios que advirtieron unos débiles puntos de luz en las lejanías misteriosas de la noche. Fueron al principio cual pupilas fosforescentes de un animal, en el desconcierto de las distancias, hasta que vimos claramente que eran dos faros de un vehículo que se acercaba. Muy lejos debían de encontrarse aquellos viajeros, y ésto, unido a nuestra impaciencia, hacía interminable su aproximación. Llegó el momento en que el temor a que pasaran de largo sin advertir nuestra presencia, sin indicarnos el camino de Atar siendo, como debían ser expertos en la dificultad de aquellas rutas, hizo que nos desplegáramos para cortarles el paso. Pronto vimos que no era necesaria tal medida; venían como acudiendo a una cita previa, en dirección segura hacia nosotros.

Llegaron en un coche ligero con deteriorada carrocería y, parando el motor, bajaron a nuestro encuentro. Eran dos hombres negros, esbeltos, muy bellos, envueltos en túnicas

azules. Nuestro compañero, el arabista, se adelantó para explicarles que estábamos perdidos y deseábamos nos indicaran el camino de Atar. Ellos sonreían y aceptaban nuestra propuesta con generosidad: encabezarían la caravana llevándonos hasta las puertas de la ciudad.

Iniciaron la marcha. Cuando alguno de nuestros vehículos quedaba atrancado en la arena, nos esperaban pacientemente. Al fin, sorteando obstáculos, cumpliendo la andadura de un camino que sólo era posible con su ayuda, dimos vista a la ciudad perdida en féretro de arenales y brumas de historia. Nuestros guías nos señalaron sus débiles luces que parpadeaban ante nuestros ojos. Después, sin admitir recompensa alguna, dieron la vuelta con el viejo coche y ligeros, como sobrevolando dunas y matorral, desaparecieron en la noche.

La luna, renunciando a sus menguantes, creció de pronto y, por unos momentos, iluminó el infinito paisaje dorado. Bajo las túnicas azules que hacían flotar el viento, me pareció ver un relieve de ocultas alas. No cabía duda, nos habían ayudado dos ángeles de aquellos que aparecían y desaparecían por cualquier esquina del Corán o la Biblia, en los momentos decisivos en que el desierto amenaza con dominar el alma de los hombres o los gestos felices de la tierra.

Cunas almorávides

Quizá el momento de más ilusión del viaje fuera aquel en que guías sorprendentes, surgidos de la noche como aparición sobrenatural, nos pusieron a las puertas de Atar.

Llegamos a dormir al hotel “Los Almorávides”, como el que consigue un paraíso perdido. En el espacio cercado, las acacias alzaban sus ramas de verdor, orgullosas, como negadoras del parentesco con sus hermanas pobres del desierto. El dueño del hotel, de ademanes sosegados, más parece jefe de camelleros rescatado de otros tiempos, paciente conductor de caravanas, que hombre de hostelería. Sus pupilas dulces y sabias parecen amansadas por la vida.

Subimos al piso superior del edificio, en donde estaban los dormitorios. Entré con Rafael Guillén, compañero siempre de cobijo, en la habitación designada. Vimos con alegría que tenía elementos de aire acondicionado, y procedimos a nuestro turno de ducha. Habíamos pasado de pronto a la modernidad y el confort, aunque la puerta no podía cerrarse por estar deteriorada la cerradura, el sistema de refrigeración funcionaba de manera caprichosa y había un escape de agua en el cuarto de aseo que iba lentamente inundando el dormitorio. Era la conquista del oasis, y hasta esa pérdida de agua por avería, al parecer sin solución, que iba inundando nuestra habitación bajo la amenaza de convertir en isla los lechos, era algo delicioso que invitaba a sueños felices.

Muy de mañana nos lanzamos al descubrimiento de la ciudad. Creo, para mí y mis compañeros, la visita de estas ciudades tenía la curiosidad y el misterio que debe darse en esos príncipes de reinados exóticos que conocen la novia el mismo día de la boda. Al salir del hotel tuve una agradable impresión, un saludo de tórtolas. Trazaban las tortolicas vuelos nupciales de unas a otras acacias, dentro del recinto de los alrededores del establecimien-

to, y su zureo prendía sonidos de paz en la mañana. Pronto comprobamos que no había acabado el desierto; una muralla defiende al hotel de un frente invasor de arenas en acecho, y por las calles, camuflada, remansada en aceras, en secreto asalto a los edificios, espolvoreando mercadillos y almacenes, astuta y mansa sigue la arena su labor invasora.

Tiene Atar avenidas destartaladas con viviendas de una planta, de aspecto provisional, y un mercado amplio de tenderetes y portales con la sinfonía de color de vaporosas telas invitando a envolver un cuerpo de mujer, policromía de cueros, alforjas camelleras, estuches para pipas con vistosidad de colas de ave tropical, metales labrados y toda la gama de una artesanía no muy variada pero rica y vigente en su uso cotidiano. La gente es amable, complaciente, respetuosa; nunca te abrumba queriendo imponerte la mercancía, como pasa en otras latitudes. Sigo afirmándome en el criterio de que la virtud principal de estas gentes es la elegancia, si le damos a la palabra un concepto profundo de sabiduría unida a naturalidad. Esa elegancia denuncia bellos interiores en que anida una hospitalidad heredada, un flujo de luz espiritual y una prolongación del ser en la Naturaleza, salvando tremendas erosiones, en prolongación de oasis. Estados puros de inocencia dañados tantas veces por las malicias occidentales, en las emigraciones forzosas. Nos rodean los niños. En la pureza de sus ojos mansos hay un inicio de desierto. Sabíamos que tienen hambre, pero ellos sólo pedían gorras y bolígrafos. ¿Cómo el gobierno no lleva un gran barco de gorras y bolígrafos para esa legión de niños hambrientos?. Quizá, alguno de ellos sea capaz de escribir, algún día, la historia quemada de su raza, de su tierra dorada y pobre, de sus infinitas sequías.

Salimos hacia Chinguetti con prisas, pues la tarde estaba avanzada y había que cruzar las impresionantes montañas de esta región de Adrar, por el pasillo de Amogjar. Las dificultades del camino eran muchas, con variados tropiezos, pero la ilusión del viaje era grande; por fin teníamos ocasión de conocer otro aspecto del desierto, alzado en montaña sorprendente, de piedra rota, por donde parecían asomar las vértebras vulneradas del esqueleto de la tierra. Bello era el camino hacia dos ciudades legendarias, Chinguetti y Ouadane, defendidas en su intimidad por barreras de aridez. Quedan atrás cumbres y muelas, piedra triturada en donde un sol moribundo descansa sus melenas de fuego, en agonías de ocaso. Camino de Chinguetti llega la noche y las dificultades, como siempre, se agrandan, aunque llevamos la garantía de las pupilas vigilantes de un guía de Atar. Al fin, rotas las sombras por el faro de los coches, aparece la joroba de las dunas coronadas de piedras, los vencidos muros de Chinguetti, la enarenada y mítica ciudad, apenas vislumbrada entre sombras. Llegamos al hotel que es sólo dormitorio y consiste en un patio con palmeras alrededor del cual hay varias habitaciones. En vuelo de sombras, agigantada, cruza una lechuza por el alto laberinto de las palmeras, iluminada en un instante por los menguantes de la luna. Se oyen tambores en la lejanía y agudos cantos de mujer, colmando de misterios la noche.

Muy de mañana salimos en grupos al descubrimiento de la ciudad. El desierto la cubre casi por entero; aquí, más que en Atar, la arena va ganando la partida: se alza sobre tapias y muros, los enduna, los deja entre cautivos y sepultos. Las construcciones de piedra, sin argamasas intermedias ni repellos, tienen una elementalidad primitiva que las sitúa fuera de los ritmos del tiempo. Se acrecienta la sensación, más que en parte alguna, de que se paró el tiempo y quedó la ciudad y sus gentes en una permanente Edad Media del mundo.

Nos asomamos a una pequeña plaza y vimos en su centro a Jesús Conde, el pintor de la expedición que, abiertas sus carpetas, trazaba bocetos de la mezquita que tenía enfrente. Lo rodeaban los niños, asistiendo curiosos a los procesos de la acuarela.

La mezquita es pequeña, recogida, con entradas en arco, sin puertas, teniendo dentro humildad de alfombras que denuncian su uso. Emociona pensar las generaciones que allí remansaron alegrías y tristezas, en los hilvanes del sentimiento religioso. Está habitada de un viento espiritual de siglos, ungido por aromas de la piedra. El minarete parece figura única de ajedrez gigante que destruyó la bofetada de los alisios, quedando alzada entre derrumbes. Es impresionante su primitiva sencillez, su belleza humilde.

Seguimos callejando por la ciudad semidesértica. Una indicación nos lleva hasta la puerta anciana de la biblioteca. Como en Oualata, en esta ciudad se guardan manuscritos en sagrada custodia, conseguidos a través de los tiempos, gracias al tráfico de caravanas en viajes a la Meca. La sabiduría de los hombres, religión y ciencia hermanadas en sus páginas. Un gran aliento espiritual se alza entre muros de pobreza. De regreso al albergue, encontramos por los arenales casas aisladas con verdes acacias en las puertas, denunciadoras de la felicidad del agua. Zureos en competencia llegan desde los árboles. Pronto descubrimos una ruta de tórtolas en vuelo, hacia crestas de arena por donde asoma el próximo palmeras del oasis.

Nuevas etapas de la sed

Se organizó la salida hacia Nouakchott con buenos ánimos. Se emprendió el camino en caravana, con la ilusión de tener por meta el mar, la ciudad cercana al océano. Encontramos un gran rebaño de camellos, el mayor que habíamos visto en todo el viaje. Estaban agrupados alrededor de un abrevadero, en las inmediaciones de un pozo. Varios hombres vigilaban sus movimientos. Nos habían asegurado que estos hombres, los camelleros, eran esclavos, que aún existía la esclavitud en Mauritania, no en camuflajes modernos, cosa tan corriente en muchas latitudes del mundo, sino conservando su estilo primitivo de dependencia absoluta. Viendo el aspecto de aquellos hombres, rotos por la soledad y la solanera, yo suponía la existencia de un señor regresando de los cuentos de "Las mil y una noches", de un señor de harén crecido, abanicado por concubinas bajo las palmeras datileras de su jardín.

Continuamos viaje hasta Akjoujt, pueblo a medio camino, aproximadamente, entre Atar y la capital. Allí había que esperar a unos compañeros que habían quedado atrás con sus coches.

Montones de basura, cabras errantes, niños y moscas, un sol sin pausa... Nos adentramos en el pueblo y recorrimos sedientos unos cuantos pequeños comercios existentes y pronto se acabó la escasa coca-cola helada que había en desvencijados frigoríficos. El agua que llevábamos en los coches estaba a temperatura de ebullición. Aumentaba la sed. Rafael Guillén y yo divisamos a una mujer de color, de hermosa figura, y nos lanzamos en su persecución. ¿Qué pretendían dos poetas, en edad madura, persiguiendo a aquella nativa, con miradas de ansiedad?. Andábamos detrás de la negra y alguien podía pensar que nuestras intenciones eran

eróticas. ¡No estaba el clima para ejercicios placenteros!. Lo que nos llamaba poderosamente la atención era una gran bolsa de tomates que llevaba en la mano. Atormentados por la sed, aquella visión nos provocó el espejismo de un mar de gazpachos andaluces, y marchamos, en estado de hipnosis, tras las poderosas caderas de la mujer nativa. Al fin conseguimos llamar su atención y que nos vendiera un kilo, que devoramos ávidamente, aunque estaban a temperatura de patata recién cocida. Aquel refrigerio nos mantuvo sin la boca seca por algún tiempo y alivió humildemente nuestra estancia en Akjoujt.

Nos recogimos a la sombra de un edificio grande que debía ser un centro oficial. Fueron acercándose niños hasta nosotros, llenos de curiosidad, no habituados a ver viajeros. Muchos traían en sus manos pequeños animales: una ganga de ojos asustados, una liebrejilla de color arena, lagartos mansos descansando sobre el hombro...Eran sus únicos juguetes. Identifiqué, en este aspecto, mi niñez campesina con la de los niños que nos rodeaban. Entre los niños de mis tiempos de pueblo los juguetes predilectos y cotidianos eran los pájaros. Recuerdo el placer que para mí suponía, por ejemplo, el sacar del nido una calandria, desplumada y culona, e ir alimentándola con almendras picadas y saltamontes, hasta notarla crecer en mis manos, verla vestir su plumaje hasta llegar a la edad del trino. Nuestros niños, ahora, tienen horriblos juguetes de plástico y pasan largas horas ante los videojuegos, en empobrecedoras sesiones que robotizan sus mentes.

Pero no todo era esa feliz comunión con la Naturaleza. Mirando sus ojos, tras veladas sonrisas, había visto agazapadas tristezas de vencejo herido. Estábamos atravesando una nación hambrienta, curtida en disimulos, y mirando a los niños sentí la vergüenza de pertenecer a un país consumista y no suficientemente solidario con las desgracias del mundo.

Al fin, muy entrada la noche, llegaron los compañeros perdidos. De nuevo el desierto, perseguidos por los alisios, en frenética huida de los agobios de la sed, soñando un paisaje con bandadas de aves marinas, con la ilusión de un rumor de oleaje, hacia atlánticas redenciones.

A pesar de estar a finales del viaje, la certeza de metas próximas siempre oscilaba dentro de nubes de arena alzada en incertidumbres. Es la sensación que también sintieron los viajeros franceses, remotos en el tiempo, que cruzaron estos paisajes. Dice Antoine de Saint-Exupéry: "Llevados hacia un futuro desconocido, a través del pensamiento de los vientos, por los latidos de nuestros corazones..."

Al fin vi el vuelo de una garza asustada por los finales de la ráfaga de luz de los faros, anunciando proximidades de litoral; una garza que quizá había sido arrastrada por fuerzas ignoradas hacia dormitorios no habituales. Pronto aparecieron las luces de Nouakchott.

Retorno

El tiempo previsto para el viaje se había dilatado por varios motivos y Rafael Guillén y yo teníamos que volver porque nos esperaban quehaceres no aplazables, por lo cual a la mañana siguiente de nuestra llegada a la capital fuimos a una oficina de viajes para adquirir los billetes de avión a Las Palmas.

Estábamos casi al final del viaje, aunque no era Nouakchott la meta final. Quedaba el sueño de Oualata, ciudad amortajada, con encaje de siglos en las fachadas pobres, alzada piedra a piedra en las ensoñaciones, a la cual había que llegar siguiendo la batalla del desierto, aunque sin la dureza de etapas ya vencidas, o quedaba, en caso de elegir el camino fácil hacia el próximo Senegal, adentrarse en territorios de plena negritud, con humedad de ríos, en donde empieza a sonreír en verdes la tierra africana, colorista y pajarera. En esto pensábamos paseando por la capital mauritana, moderna y bulliciosa.

Paseamos la ciudad. Los minaretes de las mezquitas alzan su esbelta modernidad. Las gentes caminaban con prisa europea, quizá por herencias coloniales. Empezamos a perder la sequedad agrietadora de la garganta y la nariz; se adivinaba el océano en los yodos del aire.

Había llegado el momento del regreso. Rafael y yo, madrugando en la aventura de volver, pedimos un taxi para que nos llevara al aeropuerto. Desde el momento en que nos montamos en el viejo automóvil hasta que nos subimos al avión, todo sucedió a ritmo acelerado de película cómica. Una densa nube de polvo nos envolvía, como borrón sobre el pasado, sobre un sueño de arena que tocaba a su fin, y en el que se habían alternado momentos de gozo y angustia, como en la vida. El conductor manejaba el coche con naturalidad, dentro de aquel estado de ceguera, como habituado a circular por una nube. Llegamos al aeropuerto y un grupo de muchachos, que parecía esperarnos, nos arrebató el equipaje sin mediar palabra, entrando al interior del edificio. El aspecto de las pocas dependencias del aeropuerto era igual al de las más pobres de nuestras estaciones ferroviarias de los años cuarenta; me trajeron recuerdos de mi niñez en una posguerra de desamparos.

En la sala de espera había un pequeño puesto en donde vendían leche, naranjas y plátanos. Me acerqué para comprar algo con lo que hacer una frugal comida antes de emprender viaje. Los muchachos maleteros me tiraban de la camisa para que fuera comedido en mis compras. No se podía sacar ningún dinero del país y a sus manos irían a parar las ouguiyas (moneda mauritana) que nos sobrarian.

Hacíamos cola para subir al avión cuando vimos a nuestro compañero Paco Vidal entre los pasajeros. Llevaba algunos días delicado de salud y le habían proporcionado a última hora, un billete para el regreso.

Volvíamos de la cuna de los almorávides, vencedores y gozosos. Yo, el más viejo de la expedición, rejuvenecido por las experiencias vividas, cerrando un capítulo emocionante de mi ya largo vivir viajero.

Paco Vidal, Rafael y yo, un arabista y dos poetas, volábamos sobre el costado occidental de África, cumplidos nuestros sueños de arena, bien doblada ente el equipaje la larga tela de los turbantes, y nos sentíamos lozanos, como sedienta maceta de geranios recién regada. Creció dentro del alma un gozo de regresos al divisar contornos de Gran Canaria.

